

La literatura cubana de la emigración: ¿un problema insoluble?

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

El estudio de toda literatura nacional, ya sea la argentina, la francesa o la colombiana, conlleva el enfrentamiento a algunos retos ya previsible como el ordenamiento de autores y de obras de acuerdo con generaciones o con movimientos estéticos, las periodizaciones y la participación ocasional en la misma de escritores foráneos. Estos obstáculos salvables no dejan de estar presentes también en el estudio de la literatura cubana, que se acerca a su cuarto siglo de vida si tomamos como punto fundacional la escritura del poema *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa. Mas en el caso de nuestras letras, mucho más jóvenes en comparación con otras, se incorpora con gran peso y sustancia una nueva dificultad: la existencia de un gran corpus literario formado por numerosas obras escritas y publicadas fuera del territorio nacional, fundamentalmente en las últimas décadas, por autores nacidos en Cuba y residentes en el extranjero. Ante esa realidad, el estudioso debe empezar por hacerse la pregunta, ¿pertenecen esas obras a la literatura cubana?

Años atrás, para algunos individuos que sostenían rígidas valoraciones políticas y consideraban apátrida, sin términos medios, a todo aquel que abandonase el país por estar en desacuerdo con el proyecto socialista implantado, la respuesta resultaba elemental: no. De ese modo se trataba de hacer desaparecer como por encanto un hecho real, se borraban escritores de posiciones políticas tachadas de incorrectas y se suprimían de todo proyecto de estudio los textos literarios de la autoría de éstos. En correspondencia con ese patrón valorativo, aquellos poetas o novelistas o dramaturgos cubanos que marcharon al extranjero después del triunfo revolucionario de 1959 fueron eliminados de las antologías y de los planes de enseñanza, sus textos no se reeditaron y hasta se consideró reprochable hacer alguna referencia a sus nombres. De esa forma se llevó a efecto un proceso de automutilación de nuestra cultura, que representó lógicamente un empobrecimiento de la misma. Nadie ponía en duda, por ejemplo, la pertenencia de toda la obra de José Martí y de José María Heredia a nuestra literatura, aunque gran parte de la misma hubiera sido elaborada fuera de Cuba. Sin embargo, escritores de probada calidad y de plena identificación con las esencias de lo cubano como Lydia Cabrera y Guillermo Cabrera Infante, debido a su público rechazo al gobierno revolucionario quedaban al margen de nuestras letras, en una especie de limbo territorial, sin una bandera que los cobijara.

Con un poco más de sentido común, y ya sin la rigidez ideológica de épocas felizmente superadas, otros estudiosos le han dado en fechas más cercanas una respuesta muy distinta a aquella pregunta elemental y no ponen reparos en considerar dentro de nuestra literatura la producción forjada por estos escritores de origen cubano establecidos en distintos países. No obstante ese meritorio triunfo de la razón y de la justicia histórica y literaria, que ha venido a resolver una parte esencial de este problema, otros retos y otras interrogantes se nos presentan también. No podemos olvidar que el asunto abarca a centenares de autores, a varias épocas, así como a numerosos libros de diversas orientaciones ideológicas o incluso al margen de una orientación definida.

Desde el punto de vista cronológico nos encontramos primeramente con aquellos escritores que se marcharon de Cuba a raíz del triunfo revolucionario de 1959 y que en algunos casos habían colaborado con la dictadura derrocada: el poeta Gastón Baquero, el crítico Francisco Ichaso, el novelista Aristides Sosa de Quesada, la narradora Lydia Cabrera y el historiador Emeterio Santovenia, entre otros. En los años siguientes emprendieron este camino algunos autores que en un inicio habían respaldado al nuevo gobierno: los ensayistas Jorge Mañach y Roberto Agramonte, el poeta Justo Rodríguez Santos, el narrador Guillermo Cabrera Infante, el historiador Levi Marrero. En ciertos casos, como el del poeta Agustín Acosta y el de los narradores Lino Novás Calvo, Enrique Labrador Ruiz y Carlos Montenegro, ya con una sólida producción literaria en su haber, no lograron en el

extranjero engrandecer aún más la misma. Por el contrario, Baquero, el dramaturgo José Triana, el novelista Jesús Díaz y el cuentista Ramón Ferreira pudieron continuar su carrera ascendente como escritores y publicar otros títulos.

Fuera de nuestro país se dieron a conocer en el mundo de la literatura los narradores Daniel Iglesias Kennedy, Carlos Victoria y José Abréu Felipe, así como los poetas Carlota Caulfield y Esteban Luis Cárdenas, quienes se habían mantenido al margen de la vida literaria oficial durante sus años de permanencia en Cuba. Han partido en la última década para fijar su residencia en el extranjero los poetas Ramón Fernández- Larrea y Alejandro Fonseca, el novelista Luis Manuel García, el dramaturgo Joel Cano, el cuentista Rolando Sánchez Mejía, el ensayista Jorge Luis Arcos... Si en un principio los Estados Unidos y, en menor medida, España y México eran las más frecuentes naciones de destino de aquel movimiento migratorio, en los últimos tiempos se le han sumado a las mismas otras muchas: la República Dominicana, Colombia, Francia, Chile. De igual modo, a la motivación política de los emigrantes de los primeros años de Revolución se ha sumado en esta última época la motivación económica ante la calamitosa situación existente en la Isla y la ausencia de perspectivas de mejoramiento a corto plazo.

Con un poco más de sentido común, y ya sin la rigidez ideológica de épocas felizmente superadas, otros estudiosos le han dado en fechas más cercanas una respuesta muy distinta a aquella pregunta elemental y no ponen reparos en considerar dentro de nuestra literatura la producción forjada por estos escritores de origen cubano establecidos en distintos países.

Unidos, emplean no el español, sino la lengua inglesa en la elaboración de su literatura. Llamados los cubano-americanos, entre los cuales se hallan las narradoras Cristina García y Achy Obejas y la poetisa Ruth Behar, en las obras de estos autores es posible encontrar la huella de lo cubano por medio de diversas formas: evocaciones, referencias geográficas o históricas, personajes, ambientes. Sin embargo, el idioma empleado, la herramienta esencial de un escritor, no se corresponde con el español, lengua en la cual se enmarca la literatura cubana. ¿Podemos incluir entonces en la misma a estos autores? El ensayista Ambrosio Fornet, uno de los especialistas en este tema, ofrece una respuesta negativa. Por el contrario, el acucioso investigador de nuestro teatro Rine Leal, ya fallecido, daba una respuesta afirmativa.

El poeta y profesor de origen cubano Gustavo Pérez Firmat, residente en suelo norteamericano, al hacer un estudio de la problemática aquí tratada señalaba que esta literatura de cubanos fuera de Cuba puede ser clasificada de tres formas: literatura de emigrantes, literatura del exilio y literatura "étnica".

A la primera clasificación pertenecen, según su criterio, los textos de aquellos autores que se han adaptado a su nueva realidad y, sin renunciar a sus orígenes cubanos, asimilan los elementos de su circunstancia en el extranjero como personajes, ambientes y costumbres. La literatura del exilio, por el contrario, es aquella que intenta mantenerse lo más fiel posible a la realidad cubana que se dejó atrás, resulta impermeable a la influencia del nuevo medio en el que vive el autor y por lo general idealiza el pasado de la Isla a través de la retrospectiva y de los recuerdos personales. Por último la literatura "étnica" busca una tercera vía a través de la cual no se manifiesta interés alguno en preservar la identidad cubana ni en asimilar a esa identidad los elementos añadidos a la circunstancia del escritor de origen cubano fuera de su patria. En este caso prevalece la atracción por la

Al hacer frente el estudioso a esta diversidad de autores y de circunstancias particulares no le resulta nada fácil establecer clasificaciones que simplifiquen el problema. A la diferencia de credos políticos y de generaciones se suman los diversos países de destino. No viene a ser igual la emigración o el exilio de un escritor cubano establecido en Miami que otro residente en Quito o en París. La circunstancia en cada caso desempeña un importante papel y ejerce incluso una influencia mayor o menor en el proceso de preservación de los patrones identitarios.

Para hacer más complejo aún este problema nos encontramos también con el fenómeno de que algunos escritores de origen cubano, radicados en los Estados

diferencia y la intención de marchar de modo independiente, sin ataduras con el pasado, en busca de un universo imaginativo de variadas posibilidades.

Este plausible sistema de clasificación no está exento de discrepancias y puede ser cuestionado desde distintos puntos de vista, pero al menos supera el estrecho carril valorativo que nos ofrece el patrón ideológico. El problema que nos plantea la existencia de toda una literatura cubana de la diáspora, o emigración o exilio, como se le ha llamado indistintamente, problema enrarecido por las pasiones políticas de una y otra orilla, sigue en pie, cuenta con numerosas aristas y no puede ser despachado por medio de unas cuantas recetas esquemáticas. Por largo tiempo será motivo de análisis, discusión, dudas y desencuentros.

El autor de estas líneas, ayuno de respuestas ante tan grave problema, sólo desea añadir, finalmente, que le resulta muy difícil no admitir dentro de la literatura cubana, entre otros muchos ejemplos posibles, el desgarrado poema de Lourdes Casal *Para Ana Veltfort*, que vio la luz en la revista *Areíto* en 1976 y al cual pertenecen los siguientes fragmentos llenos de elocuencia:

(...) Nueva York es mi casa,
Soy ferozmente leal a esta adquirida patria chica.
Por Nueva York soy extranjera ya en cualquier parte (...)
Pero Nueva York no fue la ciudad de mi infancia,
no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres,
no está aquí el rincón de mi primera caída
ni el silbido lacerante que marcaba las noches.
Por eso siempre permaneceré al margen,
una extraña entre las piedras,
aun bajo el sol amable de este día de verano,
como ya para siempre permaneceré extranjera
aun cuando regrese a la ciudad de mi infancia.
Cargo esta marginalidad inmune a todos los retornos,
demasiado habanera para ser neoyorkina,
demasiado neoyorkina para ser,
- aun volver a ser-
cualquier otra cosa.